DISCURSO DE ALFONSO GUERRA EN LA CLAUSURA DEL CONGRESO INTERNACIONAL CONMEMORATIVO DEL CINCUENTENARIO DE LA MUERTE DE ANTONIO MACHADO

Deseo felicitar al Ayuntamiento de Sevilla por la iniciativa de reunir en un Congreso a importantes especialistas internacionales en la obra de Antonio Machado, con motivo del Cincuentenario de la muerte de nuestro gran poeta. Ser invitado a pronunciar unas palabras en la clausura del Congreso me suscita, lo confieso, un doble sentimiento: por una parte, el más sincero agradecimiento a los organizadores por haberme otorgado la confianza de intervenir en este acto, lo que es para mí un honor; de otro, me crea una cierta inquietud dirigirme a un auditorio de tan especial cualificación en la obra de Antonio Machado, obra —y ello incide en esa inquietud mía— que ha supuesto para mí algo muy íntimo, vital y complejo. O tal vez, tal inquietud sea fiel reflejo de cierta modestia aprendida en el maestro Juan de Mairena, quien, ya saben ustedes, aconsejó muchas veces a sus discípulos ser siempre modestos, dándoles para ello buenas razones y concluyendo en alguna ocasión con interrogantes no exentos de paradojas e ironías.

Mas, con este transfondo irónico de Mairena —una de las múltiples facetas que siempre me asombra del quehacer creador de Machado—, puedo decirles, con entera verdad, más allá de cualquier retórica, que la poesía y el pensamiento de Antonio Machado han sido para mí, y siguen siendo, algo muy vital, muy entrañado, y que, como tal, produce necesidad de expresarlo y, a la par, precaución, y un cierto pudor, en hacerlo. Sean pues benévolos en el escuchar, y vaya por adelantado mi agradecimiento a todos ustedes por ello, y a cuantos han colaborado en este Congreso, con su dedicación, su sensibilidad y su saber, quiero mostrarles mi reconocimiento por acercarnos, por rememorarnos nuevamente y por darnos un mejor y más claro conocimiento de quien fue maestro de la memoria y de un singular y luminoso conocimiento.

En la penuria de años oscuros, para mí como para tantos otros, el paulatino descubrimiento de la compleja obra de Antonio Machado fue otorgándome una peculiar escuela de aprendizaje (creo que Antonio Machado, Abel Martín, Juan de Mairena, hicieron realidad, simplemente con su obra, su propugnada Escuela Popular de saber superior). En tal escuela, de la voz del poeta, fui hallando múltiples sentidos a mis interrogantes, pausadas explicaciones poéticas, es decir, creadoras de realidad, de libertad y de esperanza, en medio de una realidad muy poco libre y un tanto desesperanzadora. Creía, y sigo creyendo sinceramente, en el

papel que Mairena otorga a sus discípulos, a sus lectores, a cualquier "tú", a cualquier "otro", que se adentre en su obra: "Ayudadme a comprender lo que os digo y os lo explicaré más despacio", pedía Machado. Y mi forma de ayudarle a comprenderse fue precisamente ésa, dejarle explicármelo más despacio, darle el tiempo necesario, e ir aprendiendo que la grandeza mayor de Machado es realizar lo que tan pocos poetas logran: crear, tanto y tan bien, una realidad poética, que ella misma se entrega abierta para que el propio lector "poetice", cree él a partir de la obra su realidad, su destino, su libertad. Y es que toda la creación de Antonio Machado es, sí, de una enorme pureza y transparencia, pero hay que andar a través de ella con sumo cuidado, porque es de una sencillez esquiva, y en cualquier caso exige de la participación del lector. Como señala Mairena:

> Da doble luz a su verso
> para leído de frente
> y al sesgo.

Y necesariamente hay que recurrir en Machado a la mirada al sesgo, a la ironía, a ese humor machadiano profundo, paradójico, de múltiples prolongaciones que se entrecruzan con su melancolía (su sentir y pensar la ausencia), con su piedad y su amor. Pues lo que con su humor realiza Machado es un adentrarse cada vez más en una visión del mundo llena de contrastes, en la que se vuelve constantemente lo uno en lo otro, visión del mundo en la que lo que consideramos real se pone del revés para ir encontrando verdades veladas, ocultas, deformadas por los prejuicios. El humor de Machado relativiza siempre las aspiraciones absolutas, desenmascara con la duda, con el apego al sentir de la fluencia del tiempo, con la constante interrogación ante el mundo exterior y ante el propio yo.

Por eso, más allá de los tópicos y de las expresiones comunes tan al uso acerca de Machado, más allá de la trivialización (que no hay que confundir con popularización) de que han sido objeto unos cuantos versos del poeta, a mí me parece importante recuperar, no sólo para los eruditos, sino para todos, una visión más completa de esta obra, que no por ser esencialmente comunicativa y abierta, deja de ser, por ello, menos compleja y honda.

Y es que la exigente búsqueda humana de Antonio Machado se fue dando en una pluralidad de mundos en los que han ido confluyendo sus interrogantes estéticos al par que sus preocupaciones éticas y políticas. No voy a elaborar aquí una reflexión, o una crítica —porque no soy el más indicado para hacerlo— sobre los complejos problemas que plantea la teoría estética de Antonio Machado (tan explícita en alguno de sus prólogos a "Soledades" y "Campos de Castilla", en los "Problemas de la Lírica" de los Complementarios o en "Sobre las imágenes en la lírica" y en tantos poemas y reflexiones de los Complementarios, de Abel Martín y de Juan de Mairena, así como en otros varios escritos más circunstanciales). Pero sí quiero recorrer con ustedes aun con brevedad lo que he ido vivenciando del Machado poeta, del meditador, del pensador, de sus apócrifos, del Machado que desde sus prontas y permanentes vinculaciones con la Institución Libre de Enseñanza y los movimientos noventayochista y regeneracionista, avanza a posiciones más abiertas y auténticamente populares; del Machado que fue, en su obra y en su vida, todo un testimonio moral de buena hombría y de ciudadanía. Y todas esas

vertientes o manifestaciones de Antonio Machado me parecen —las he vivenciado así— como hilos que configuran un solo ovillo, estaciones de una única vida, tan auténtica, que tuvo la capacidad de, a través de la palabra, "hacerse" —y recalco este hacerse— poesía, de ir reconstruyendo y creando una identidad que, en la forma en que lo hizo, nos atañe a todos; a todos nos ofrece la posibilidad de ir encontrando en su poesía, en su bien nombrar, en su bien rehacer el mundo, nuestro propio itinerario, la reconstrucción de nuestros temores, sueños y esperanzas, nuestros, de nuestro pueblo. Y todo esto es lo que, creo, configura a D. Antonio Machado como gran poeta, gran creador: ese otorgar en verso o en prosa, la más íntima depuración de su sentir, de su vivir pleno, de su pensar, inserto siempre en su tiempo, buscando razones (y buscándolas como hace todo gran poeta, en lo más entrañado) y poniendo también la razón al servicio de lo más íntimo, de lo más escondido, de lo más abandonado y dejado al margen; en definitiva, buscando su identidad siempre a través de lo que configura a todo "yo", en el tú, en lo "otro", en el "nosotros". Así dirá Machado:

No es el yo fundamental
eso que busca el poeta,
sino el tú esencial.

Y en "Problemas de la Lírica", escribe: "El sentimiento no es una creación del sujeto individual... Hay siempre en él una colaboración del "Tú", es decir, de otros sujetos... Mi sentimiento no es, en suma, exclusivamente mío, sino más bien Nuestro. Sin salir de mí mismo, noto que en mi sentir vibran otros sentires y que mi corazón canta siempre en coro... para expresar mi sentir tengo el lenguaje. Pero el lenguaje es ya mucho menos mío que mi sentimiento. Por de pronto, he tenido que adquirirlo, aprenderlo de los demás".

La poesía es para Machado palabra en el tiempo y "cosa cordial"; es el tiempo que fluye sentido en la propia carne, en la hora del reloj, en la tarde, en el agua, en el recuerdo y la memoria. Es "la respuesta animada al contacto del mundo", dice Machado; animada, es decir, conciencia viva y vigilante (es la palabra clave para Mairena: "¡Vigilad!") que no podría agotarse en la pretensión de solipsismo, sino que encuentra sus raíces en lo que no es yo, en lo que me configura y a lo que tiendo, lo que colabora con mi vivir, lo que es comunitario en su pleno sentido etimológico, lo común, lo que otorga unidad e identidad. Por ello el quehacer literario de Machado —ya desde *Soledades*, pero de forma muy evidente desde *Campos de Castilla*, hasta las últimas horas del poeta— se me figura como una renovada voluntad poética y meditadora sobre la fatiga de la existencia cotidiana, el tiempo, la amistad, el amor y su ausencia, la comunidad generacional, la preocupación nacional, la esperanza del futuro. Y en todo ello aparece como hilo conductor la convocatoria de los sueños, como arquetipos y mitos, raíces de la memoria y de la conciencia colectiva: "De toda la memoria —dice el poeta— sólo vale el don preclaro de evocar los sueños." Evocar el sueño es adentrarse en él, conocerlo poéticamente, saber qué requiere, y con la sabiduría que él nos otorga, liberar, depurar los recuerdos en memoria pura, viva, porque es la memoria que es expresión auténtica de su misma fuente. Es la metáfora machadiana de acertar la mano con la herida, con su preciso lugar. Este seguir el sueño y "Acertar la mano con la herida no montar en pelo una quimera."

Es lo único que puede devolver a toda conciencia —personal y colectiva— a su propia intimidad, a su auténtica realidad superando los desvaríos, borrando las quimeras, y esto es lo que únicamente puede dar paso a una liberación del destino, a un rescate del tiempo.

En este contexto es en el que creo hay que situar las ideas del poeta sobre España y lo popular. Y cuando digo ideas lo hago en el sentido en que Machado pedía ideas a la poesía, es decir, nunca como puras categorías formales, como esquemas lógicos, sino como directas intuiciones de la conciencia acerca del ser que deviene, que fluye, de su propio existir, intuición que es precisamente la única que puede dar lugar a un pensamiento poético, más allá del puro pensar lógico que, al decir de Machado, puede ir llevando de calleja en calleja a un callejón sin salida. Con ese pensar poético, intuitivo, Machado, heredero de los ideales de la Institución Libre de Enseñanza y actor operante del espíritu crítico del 98, pretende regenerar desde el interior la patria, esa raíz común de la sangre y del alma; regeneración patria, por tanto, que es la única que puede garantizar la salvación, la liberación, de lo íntimo del sujeto. Es lo que hace, por ejemplo, en *Campos de Castilla*, donde sitúa a la patria, por una parte, en su sentido espacial, como la del trozo del planeta asignado a un pueblo, y de otra en su sentido temporal, como el desarrollo de una historia, de un argumento lleno de pasiones, de padeceres comunes que hubieran de consumarse, para acabar de pasar. Así lo indican esos versos espléndidos y terribles referidos a Castilla:

> Son tierras para el águila, un trozo de planeta
> por donde cruza errante la sombra de Caín.

Así España aparece en Machado como algo sustancial para el significado de su quehacer poético, no como un esquema del pensamiento abstracto, sino como sentimentalidad poética, como expresión colectiva de un hacerse, donde pasado y porvenir —esos dos interrogantes incognocibles según Machado— se iluminan con la figura siempre esperanzadora de un futuro abierto. Es lo que dicen los versos de "El Dios ibero".

> ¡Qué importa un día! Está el ayer alerto
> al mañana, mañana al infinito,
> hombres de España; ni el pasado ha muerto,
> ni está el mañana —ni el ayer— escrito.

Así, el canto machadiano, en su lírica, en su pensar, explosivamente, diríamos, en el plenilunio de sangre de la Tierra de Alvargonzález, cumple el nexo acogedor entre lo que es puro destino —hado en el sentido griego, puro sometimiento a oscuras fuerzas implacables— y la voluntad y el amor; pero voluntad y amor en Machado van indisolublemente unidas a la inteligencia, a la razón que se ocupa de lo olvidado y dejado a medias en su camino a la existencia, al ser. Ese es precisamente el sentido del canto de Machado en la Tierra de Alvargonzález: un poner de manifiesto el sueño, un recorrido simbólico por las terribles consecuencias de no dar cauces adecuados a la "sombra de Caín", para haciéndolo consciente ir encontrando las posibilidades de liberarlo de la maldición histórica, y abrirlo a la reconciliación y la esperanza.

Creo que este recorrido por la entraña colectiva es elemento sustancial de la plural escritura de Machado. Para él, sin el tú, lo otro, el prójimo, la colectividad, el pueblo, no tiene sentido la obra literaria por no tener arraigo, por no tener fruto. Pura cucaña, todo lo embellecida que se quiera, pero poste al fin sin raíces, ni ramas ni frutos. Por eso en su obra, yo diría que se da una esencial relación dialéctica entre la soledad y el mundo exterior, el paisaje, los hombres, la comunidad en que éstos hallan su savia, sus sueños y los propios motivos para despertar. Y es en esa relación dialéctica en la que cobran pleno sentido dos elementos esenciales del poetizar de Antonio Machado: su intimidad y su mismo afán de que esa intimidad sea comunicable, valedera para otros hombres, la intencionalidad de que la poesía sirva para cantar en coro o no sirva para nada, no sea sino futilidad narcisista: "Poned atención —dice el poeta—. Un corazón solitario no es un corazón." Y aún en el dominio de la mente: "En mi soledad he visto cosas muy claras, que no son verdad". Frente a cierto estereotipo del Machado "solitario", hay que matizar y sopesar lo que realmente significan en él la soledad y la intimidad, pues lejos de suponer ningún solipsismo, abundan en la necesidad del diálogo, en la sentimentalidad compartida, base de cualquier creación auténtica, no sólo poética en sentido estricto, sino humana en general. Y éste es el sentido que en Machado tiene la verdad, en cuanto que la ve como producto de una búsqueda colectiva, contraria a cualquier dogmatismo, sustento de una auténtica tolerancia.

Por eso, en Machado, la poesía, su escritura varía, va haciéndose cada vez más popular, yo diría que más densa en prolongaciones sutiles hacia las raíces de la auténtica tradición, al par que va despojándose, depurándose, y depurando esa misma tradición, hacia una mayor clarificación, una mayor transparencia. A medida que la poesía de Machado va fusionándose al pensamiento, o bifurcándose en él (siempre en un pensamiento poético), no solamente no se hace ajeno a la vida más elemental y primaria, sino que se acerca más a ese modelo originario reflexionando también más sobre él, y como dice expresamente Mairena —en su discurso sobre Heidegger, breve, pero espléndido de saber, inteligencia y vivacidad— se aproxima a lo que Teresa de Jesús llamaba las "mesmas vivas aguas de la vida". Y esas vivas aguas de vida fluyen para Machado en lo popular, y son la fuente de valores éticos, de comportamientos, de modos y estilos de vida en los que la razón estética, la poesía, el pensar poético están inmersos. De ahí que la escritura para Machado, al venir animada por esos valores populares y al buscar, a su vez, reanimar y ser conciencia viva revitalizante de lo popular, ha de ser sencilla, directa, apegada al lenguaje hablado, utilizando la metáfora sólo como parte de la exigencia de depuración del lenguaje. Así, la poesía en Machado cumple a la perfección el cometido para el que parece fue creada por el hombre: nombrar bien las cosas, el mundo, los hombres y sus interrogantes esenciales. En este sentido el acercamiento de Machado al lenguaje creador de mitos es grande. Es la esencia de los mitos lo que vemos perfilarse en la precisión poética del nombrar machadiano. En su reflexión mesurada, fiel y respetuosa para con el lenguaje comunitario de los mitos. Es lo que encontramos tantas veces en Abel Martín, Mairena y en el poeta imaginado por Mairena, Jorge Meneses (apócrifo del apócrifo), el inventor de la "máquina de trovar", para quien el sentimiento ha de tener tanto de individual como de genérico, porque aunque no existe un corazón en general que sienta por todos, todo sentimiento, todo corazón, se orienta hacia valores universales o que pretenden serlo.

De ahí la cada vez mayor incidencia de Machado en el folklore (esa gran dedicación de su padre), en la cultura viva y creadora que es fuente y cauce de interpretación vivenciada de la realidad de que dispone una comunidad. Esa es la razón de la constante incidencia del poeta en cantares, coplas, romances, etc. Desde ese arraigo y esa preocupación creo que han de entenderse las múltiples declaraciones "populares" de Machado. Así, "la aristocracia española está en el pueblo, escribiendo para el pueblo se escribe para los mejores", dirá él. Y la gran literatura, los grandes creadores, precisamente han habitado, cultivado y recreado esa sabiduría de la entraña popular: "Escribir para el pueblo —dice Mairena— es llamarse Cervantes en España, Shakespeare en Inglaterra; Tolstoi en Rusia", y yo añado ahora, también Antonio Machado en España.

De este modo, acerca del tema tan traído y llevado los años 20 y 30, de la difusión cultural, si elitista o popular, la respuesta de Machado habría de ser inequívoca (y digamos a este propósito que Machado fue plural y antidogmático, pero nunca, ni en su vida ni en su obra, confuso ni equívoco; la precisión fue en él gracia). Y esa respuesta inequívoca, precisa y clara, acerca de la difusión cultural, halla su eje en su misma concepción de la cultura: ésta es esencialmente energía, y lo propio de la energía es expandirse, difundirse. Así dirá ante el Congreso para la defensa de la cultura: "Difundir y defender la cultura son una misma cosa: aumentar en el mundo el humano tesoro de conciencia vigilante". Es decir, toda creación, toda cultura, en el sentido de alta cultura, se nutre de la energía que la cultura popular produce; por lo tanto la misión del arte, de la literatura, del propio pensamiento, es expandir esa energía, reavivarla, reencenderla en su propio fuego. Toda auténtica creación cultural es, de algún modo, recreación, y por ello mismo su labor fundamental consistirá, dice explícitamente Machado, en "despertar las almas dormidas y acrecentar el número de los capaces de espiritualidad. Por lo demás, la defensa de la cultura como privilegio de clase, implica, a mi juicio, defensa inconsciente de lo ruinoso y muerto y, más que de valores actuales, defensa de prestigios caducados".

Este sentir popular, esta reflexión acerca de ese sentimiento de lo colectivo, es lo que va a orientar toda su concepción pedagógica y de los valores que han de informar la educación. Valores presididos por una profunda crítica al liberalismo y a su concepción del pueblo como "masa de la nación". Y aquí la precisión, el bien nombrar de Machado juega un papel fundamental a la hora de desvelar, de desenmascarar diríamos, lo que subyace tras esa identificación del pueblo con la masa. Esta, para Machado, no es sino la invención de la élite, es la muchedumbre, el pueblo, vistos desde arriba. Y a su vez, también muestra clarividentemente Machado la paradoja de que aquellos mismos que defienden a las aglomeraciones humanas —dice él—, "frente a sus más abominables explotadores, han recogido el concepto de masa para convertirlo en categoría social, ética y aún estética. Y esto —concluye Machado— es francamente absurdo". No se trata, pues, de educar a las masas, sino al hombre, al hombre en todos los sentidos de la palabra: al ser humano y al hombre individual, al hombre esencial y al empíricamente dado en circunstancias de lugar y tiempo. Lo que Machado quiere es educar al pueblo conforme a su propia sabiduría popular, revelándole la riqueza de su folklore, despertándole a su propia filosofía del sentido común, y ése es para él el verdadero sentido de una educación superior abierta a todos: "Siempre que encontréis un tono

seguro en mis palabras —les dice Mairena a sus discípulos— pensad que os enseño algo que creo haber aprendido del pueblo".

Y es que anda convencido Antonio Machado de la esencial e insuperable dignidad del ser humano. Para él, el valor más alto es el de ser hombre, hombre concreto, cuyo arraigo y vivencia en el seno de la comunidad no sólo no excluye su singularidad humana, el ser siempre un tú, un otro inintercambiable, sino que precisamente el auténtico sentido de la comunidad, a donde se ha de orientar para ser verdadera comunidad humana es a esa posibilidad de desarrollos de sujetos libres, distintos, capaces de establecer armónicas relaciones de diálogo entre sí. El ideal del hombre "universal y eterno", como dice Machado, no es una quimera, sino la reconstrucción esencial de esa aspiración histórica, y que por ser una constante tras las miserias y padeceres de la historia, la trasciende en esta metahistoria de la, al parecer, irrenunciable lucha del hombre por su dignidad personal, concreta, inalienable. "Nadie es más que nadie", dice Machado haberlo aprendido de un pastor soriano, todos tenemos derecho a que se nos trate por igual: es decir, a que se reconozca nuestra íntima e irreductible diferencia, nuestra esencial heterogeneidad.

Y con ello creo que tocamos uno de los puntos nucleares, más prístinos de Machado, de su concepción poética del mundo, de los seres, del ser, presidida sin duda por el amor y la piedad. Para él, el ser, no sólo no es una sustancia inmóvil (aquel monolítico y cerrado ser de Parménides) sino sustancia cambiante. En su peculiar y originalísima versión del fluir de Heráclito (sin duda influido por Bergson), Machado ve, siente y piensa un mundo cambiante que lejos de ser homogéneo, es sustancialmente heterogéneo y múltiple. Es lo que él llama en su verso "las vivas aguas del ser". Y no es en vano, ni es azar, que en la formidable epifanía de los elementos que recorre toda su poesía, sean precisamente aquéllos que de forma bien sensible, nos muestran el fluir, el consumirse y el volverse otra cosa, es decir, el agua y el fuego, los que adquieran mayor relevancia. Y sirvan como ejemplo, creo que el más sintético de la poesía machadiana, de la importancia de los elementos en ella, estos versos que Machado atribuye a Abel Martín:

> Tejidos sois de primavera, amantes,
> de tierra y agua y viento y sol tejidos.

"Urge —dice Abel Martín— devolver al ser su rica, inagotable heterogeneidad". Y en esa urgencia —que es enunciada así relativamente tarde, pero que está operando desde el principio de la poesía de Machado—, va a poner éste todo su sentimiento poético o más bien la más perfecta fusión del pensar y el sentir que se da en Machado. Fusión precisamente dada en aquellos versos de Abel Martín en los que busca realmente encender el pensamiento en el fuego del amor, versos que son, en mi opinión, quizás, los más hondos del poeta y que figuran entre los más decisivos de toda la lírica española.

> Si un grano del pensar arder pudiera,
> no en el amante, en el amor, sería
> la más honda verdad lo que se viera.

No voy a realizar una, ni mínima siquiera, exégesis de estos versos, por respeto a ustedes que los sabrían hacer mucho mejor que yo. Unicamente, quiero subrayar que para Abel Martín, "sin el amor o impulso hacia lo otro", como dice él mismo, es imposible la comprensión de un mundo tan vario, fluyente y cambiante; sólo a través de él, del amor, dice explícitamente Abel Martín, reconoce la conciencia su limitación y se ve a sí misma, como tensión erótica, impulso hacia lo otro inasequible. Sólo a través del amor, estaríamos tentados de afirmar con Abel Martín, de no ser porque Juan de Mairena y el propio Machado corrigieran ese aserto, matizando que el mundo lo conocemos a través del amor como impulso, pero también de la piedad como reconocimiento de lo otro, de lo otro que reconozco en mí mismo y de lo que de mí mismo reconozco en lo otro.

Mas estamos hablando de Machado... y de Abel Martín, y de Juan de Mairena, y de Jorge Meneses, y podríamos haber hablado de sus iniciales pseudónimos Cabellera y Tablante de Ricamonte (que compartió con su hermano Manuel, como compartiría con él la escritura de su teatro conjunto y en el que ambos, Antonio y Manuel, dieron pruebas de su ductilidad para hacerse otros) y nos podríamos haber referido también a sus 17 poetas complementarios, entre los que se incluye un tal Antonio Machado, nacido en Sevilla en 1875, que fue profesor en Soria, Baeza, Segovia y Teruel y murió en Huesca en fecha todavía no precisada, y al que alguno ha confundido con el célebre poeta del mismo nombre. ¿De quiénes, de qué multiplicidad de seres, casi multitud, hablamos? No es un juego retórico esta pregunta mía que tantas veces me he hecho frente a la enorme complejidad de esta cuestión del papel de los apócrifos, heterónimos y complementarios en la obra de Antonio Machado. Complejidad y, a la vez, enorme transparencia, como todo, en nuestro poeta. Pues, la cuestión atañe directamente a la coherencia interna de su obra —coherencia esencialmente poética, vuelvo a repetir, hacedora, creadora, y es precisamene aquí donde más claramente muestra el poder creador de Antonio Machado. Si el mundo se ve desde esa poesía como sustantivamente heterogéneo y múltiple, quien lo cuenta, lo canta y aún lo reflexiona ha de ser también él heterogéneo y múltiple. Ha de salir de sí mismo, de su solipismo, de un yo cerrado e inmóvil (como el ser de Parménides) y reconocerse en lo más íntimo de sí como fluyente, transido por el tiempo que corre y transmuta, siendo siempre otro, volcado desde el interior a un tú que le hace ser diálogo desde su misma entraña. Este es el sentido de estos versos:

> Mas busca en tu espejo al otro.
> Al otro que va contigo. Busca tu complementario.

En ese caminar machadiano que es un ir reconociendo los caminos y encrucijadas que le habitan, e irse, sistemáticamente diríamos, despojando, destilándose a sí mismo para irse quedando "casi desnudo", Machado, no tan paradójicamente, si bien se piensa, se hace ser otro, se prolonga a sí mismo en un diálogo cada vez más animado, más entrañado y más inteligente. Uno de los impulsos vitales innegables del hombre, según Machado, es su voluntad de salvarse, de mejorar, de ser otro. En esto coincide con Unamuno —a quien tanto admiró y quiso, y por quien tan admirado y querido fue— aunque tal vez sea éste el punto final de sus coincidencias, pues, mientras que Unamuno agoniza heroicamente en vida por la salva-

ción del otro en sí mismo, Machado acaba volcando aquel impulso en la necesidad real de salvar esencialmente lo otro. Y esa es, a mi entender, la operación que realiza la poesía, la creación de Machado: el recrearse a sí mismo en un movimiento poético constante hasta saltar las bardas del propio corral, del propio yo, e irse a ser otro, a ser él mismo un tú. Desde el diálogo silencioso del alma consigo misma, que dijera Platón, o dicho como Machado, desde el "converso con el hombre que siempre va conmigo", va a ir el poeta sacando de sí mismo los otros seres que le habitan, y les da pensamiento y figura, tanto y tan realmente que Machado el bueno —como aquel otro bueno, el Hidalgo Quijano—, acabará siendo más sí mismo, hallará su mayor identidad en la identificación con sus otros, y sobre todo con ese con quien —conjuntamente con quien— Machado acabará por romper el espejo que vela la realidad, el auténtico amor, la auténtica cordura: con Juan de Mairena. Y es que Mairena —el paradójico, escéptico, pleno de humor, bondad e inteligencia— supone el más auténtico salto del Machado creador de sí mismo, salto mediante el que el poeta logra la más precisa depuración de su humanismo. Con una de las más sutiles y penetrantes ironías de toda la literatura española contemporánea, va a retomar Mairena el relevo de Antonio Machado —y el de Abel Martín— y a plantear toda la problemática que les había ocupado siempre, pero vista ahora desde una mayor perspicacia, gracia y sabiduría. Así, al par que poetiza, recorre Mairena, los problemas metafísicos, religiosos, políticos, sociales y estéticos, con una frescura y limpieza mental inusitadas en España. Machado ya no podrá desprenderse de su otro, que tanto le ha hecho prolongarse y recrearse a sí mismo. De un Mairena apócrifo, se pasará al Mairena hipotético, póstumo, es decir, que Machado recurrirá a lo que Mairena hubiera dicho, si hubiera vivido para conocer las múltiples situaciones que a Machado le salen al paso y sobre las que escribe. Y cumple aquí el poeta su máxima ironía: casi se diría que se ha hecho a sí mismo el otro de Mairena, D. Antonio Machado apócrifo de Mairena. Y es que con éste logra Machado dar un nuevo perfil original a su "canto de frontera", aquél que para el quehacer del poeta propugnase Abel Martín en el soneto "Al Gran cero":

> Brinda poeta un canto de frontera
> a la muerte, al silencio y al olvido.

Un canto de frontera, límite entre la poesía y el pensamiento, dándose en ese pensamiento poético suficientemente ágil como para saltar del callejón sin salida a lo que Machado metaforiza como "puerta al campo", a ese, a su vez, límite en el que el hombre se enfrenta, ya necesariamente solo, con las tres esenciales apariciones de la Nada: la muerte, el silencio y el olvido.

Mas ese canto de frontera ya se había hecho historia, historia viva, fusión de la poesía y el pensar con el acontecimiento histórico, con la esperanza de un mañana alerto. Pues, más allá de la desesperanza que en el propio poeta produjo la trágica resolución del conflicto español, más allá de la evidente constatación de la derrota, del despojamiento total, Machado consume hasta los bordes el cáliz de los sueños, con su pueblo, a fin de que el trágico padecer común acabara de pasar, se transmutara en razón esperanzadora.

Camino del exilio, de la muerte, del mar —¿cuántos años se le han cumplido ya a D. Antonio desde que prorrumpió en aquel lamento por la muerte de Leonor:

"Ya estamos solos mi corazón y el mar"—; camino del mar, en medio de la doliente multitud, menos masa que nunca, más dignamente hombres que nunca en medio del despojo, la derrota, el más cruel dolor, ha de sentir Antonio Machado esa fría respuesta de la nada, el cumplimiento de su mito de la tierra de Alvargonzález; ellos mismos, los que huían, eran ya la sombra errante de la sombra de Caín. "El poeta —cuenta Waldo Frank— casi inválido en el seno del cuerpo doloroso de su pueblo, sostenido por su madre..."; y, a su vez, Corpus Barga, relata que en llegando ya a Collioure, un amigo hubo de llevar a su madre en brazos, mientras la viejecita iba diciendo: "¿Llegaremos pronto a Sevilla?". Y sí, iban a llegar enseguida a Sevilla.. y al mar. Pues allí, en Collioure, hay un punto del arder del pensar de Antonio Machado que parece devolvernos íntegra la gran sombra florecida que es su poesía, y ese punto clave ha sido siempre para mí su último verso, encontrado en uno de los bolsillos del gabán del poeta:

Estos días azules y este sol de la infancia.

Donde acaba el pobre río y la inmensa mar le espera, encuentra Machado, y nos hace reencontrar a nosotros, el sentido de su memoria, que si es despojamiento, es también una recuperación, un rescate. Y para mí, ese último verso en el límite, en la frontera (real y metafórica, de tantos modos), acaba iluminando toda su obra. El ya inminentemente llamado al no ser se convoca a sí mismo, a su memoria, a ser luz, a lo que había sido siempre, a lo que seguirá siendo siempre.

Antonio Machado no ha muerto, pues, su memoria seguirá ya siempre viva, vigilante, ardiendo el grano del pensar que él aportó en el amor.

No, mi corazón no duerme,
está despierto, despierto.
Ni duerme ni sueña, mira,
los claros ojos abiertos,
señas lejanas y escucha
a orillas del gran silencio.

Muchas gracias.